

Permanecer en Cristo

Una Buena Relación con Dios



Arzobispo John C. Wester

Durante estos primeros días de 2019, no es raro escuchar a la gente hacer sus resoluciones de Año Nuevo, dando testimonio de la verdad de la famosa cita del poeta británico del siglo XVIII, Alexander Pope, "La esperanza mana eterna del seno humano..." Sin embargo, al igual que como sucede en la serie animada de Charlie Brown, quien año tras año espera que Lucy no mueva el balón de fútbol mientras él intenta patearlo, también son defraudadas muchas de nuestras resoluciones y esperanzas cuando la dolorosa realidad de los fracasos de la vida parece burlarse de nuestros sueños, nuestras aspiraciones y nuestras sinceras esperanzas de un futuro mejor. Esto parece más cierto que nunca este año en el que nos enfrentamos a continuas guerras en todo el mundo, fuertes divisiones políticas en nuestro país, inestabilidad en la bolsa de valores y los estragos de la pobreza, la adicción y el crimen violento aquí en Nuevo México. Y como católicos, ahora es aún más difícil que nunca mantener la esperanza cuando nos enfrentamos a la tragedia del abuso sexual del clero, que ha causado sufrimientos inexpressables a los que han sido víctimas, y que también ha herido

profundamente nuestros corazones. No, la esperanza no parece encajar con nuestra realidad en este momento. Pero por muy comprensible que sea ese pesimismo, no tiene cabida alguna en el corazón de un cristiano. A través de nuestro bautismo, fuimos hechos uno con Cristo en Su sufrimiento, muerte y resurrección. Por lo tanto, a pesar de todas las razones para el desaliento y la desesperación, somos un pueblo de esperanza. La esperanza está, y siempre estará, en nuestro ADN católico. Como dice el Salmo 33: "En el Señor nosotros esperamos, él es nuestra defensa y nuestro escudo; en él se alegra nuestro corazón, en su santo nombre tenemos confianza". (Sal. 33: 20-22) Nuestra esperanza se basa en una buena relación con Dios, una relación que trae a una paz profunda y plenitud interior - una relación que tiene un futuro.

El Libro del Profeta Sofonías nos da una idea de esta realidad. El libro de Sofonías no pinta un cuadro de color de rosa: se lee una sola vez en todo el ciclo de tres años del leccionario dominical y tal vez con razón, ya que es un libro difícil de la Biblia que habla del juicio y la calamidad. Sin embargo, en medio de esta "adversidad", hay una isla de esperanza que habla de alegría porque Dios está con nosotros. El profeta recuerda al pueblo que Dios está en medio de ellos. Como dice san Pablo en Romanos 8,31: "Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?"

San Pablo captó esta realidad de una manera profunda. El Señor Jesucristo, en quien, por quien y para quien todas las cosas fueron hechas, nos ama con un amor personal e ilimitado. Él es el Cazador del Cielo, el Buen Pastor, que nos busca y cuyo amor nos renueva constantemente. Nuestra relación con Cristo nos da una esperanza que no puede ser extinguida. Como leemos en la carta de Pablo a los Romanos, "Ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni las fuerzas de universo, ni el presente, ni el futuro, ni las fuerzas espirituales, ya sean del cielo o de los abismos, ni ninguna otra criatura podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor". (Romanos

8:38-39)

Lo principal de este mensaje es que sólo una buena relación con nuestro Dios de amor nos dará la verdadera esperanza. Cuando ponemos nuestra esperanza en las cosas materiales, los estados de ser, la aclamación del público, el poder o el éxito financiero, pronto nos damos cuenta de que nuestras esperanzas estaban destinadas a ser frustradas. Hay un cierto gozo fugaz que viene con estas realidades, pero este gozo es superficial y nos deja deseando, esperando, más. Basta con mirar el número de personas ricas, poderosas o populares que están deprimidas y nunca satisfechas con lo que tienen mientras siguen buscando la felicidad en otro lugar. San Agustín se dio cuenta de esto hace siglos cuando nos recordó que nuestros corazones están inquietos hasta que descansan en el Señor. San Ignacio construyó sobre esta verdad cuando escribió que fuimos creados para un solo propósito, a saber, ser uno con Dios por siempre en el cielo. Sólo una buena relación con Dios puede cumplir todas nuestras esperanzas. Como dijo un hombre sabio: "Dios sabe todo lo que queremos y tiene todo lo que necesitamos".

Además, tener una buena relación de amor con Cristo es ser afirmado en nuestro nivel más profundo, dándonos un sentido de autoestima y el conocimiento seguro de que nuestras vidas tienen sentido. Esto a su vez nos permite amarnos a nosotros mismos en el sentido correcto de ese término y amar a los demás como a nosotros mismos. Una buena relación con Dios abre muchas otras relaciones en nuestras vidas, todas las cuales nos ayudan a cumplir nuestras esperanzas para el futuro. Sólo el amor puede saciarnos completamente, ya que los seres humanos fuimos creados por amor por un Dios que es amor. Creado a su imagen, el amor es nuestro único destino y el amor es en sí mismo el único camino para alcanzarlo. Como nos dijo Jesús: "Yo soy el camino, la verdad y la vida". En otras palabras, Jesús es la verdad que nos lleva por el camino de la vida amándonos y siendo nuestro amor.

Como ya he dicho, una buena relación

Su misericordia perdura para siempre

con Dios siempre tiene un futuro. Cristo siempre viene a nosotros: Él es el Dios de más. La fiesta de Navidad que acabamos de celebrar es un símbolo de las infinitas maneras en que Cristo viene a nosotros en cada momento de nuestra existencia. Cristo nos ama con un amor eterno, que es un aspecto esencial de nuestra esperanza y de nuestra alegría. El gozo que dura sólo por el momento, aunque sea el tipo de gozo que produce el amor, no es en última instancia satisfactorio. El amor siempre debe crecer. Como un río, cuanto más cambia, más crece, más permanece en sí mismo. Si el amor fuera sólo por el presente, nos condenaría a una vida de arrepentimiento, mirando lo que una vez fue y ha dejado de ser. El amor de Cristo no es así. Su amor es para siempre y por lo tanto es una fuente de alegría interminable, de posibilidades interminables, de esperanzas cumplidas. Es por eso que el sacramento del matrimonio une al esposo y a la esposa en un vínculo permanente, un vínculo destinado a durar toda la vida. En efecto, como Cristo es una parte íntima de ese sacramento, su amor puede ser visto como interminable: El amor de Cristo viene con un sello eterno. Cristo ha prometido estar con nosotros siempre hasta el fin de los tiempos, en cuyo momento seremos uno con Él por siempre en el cielo. ¡Eso sí que es algo por lo que esperar!

La verdadera esperanza, entonces, no es una cuestión de moda o de propósitos de Año Nuevo, sino más bien una historia madura de amor con Dios que se arraiga en esta vida en nuestro amor por los demás y florece en la eternidad. Porque tenemos un futuro con Cristo, nuestro presente más doloroso se transformará en un pasado redimido. O sea, que siempre hay esperanza en Cristo, siempre hay vida nueva en Cristo, siempre hay un mañana con Cristo. Todos los amores de nuestras vidas están incorporados en el amor eterno de Cristo por nosotros y nuestro amor eterno por Él. Es por eso que al final, la muerte misma morirá y seremos uno con Cristo y con todos los amores de nuestras vidas para siempre.

Esta es la perspectiva que la esperanza cristiana da a nuestra afligida Iglesia y especialmente a las víctimas del abuso sexual del clero. Este momento es profundamente doloroso y seguirá siéndolo en un imprevisible futuro. Pero ni siquiera esta tragedia puede erradicar nuestra esperanza para el futuro. Dios está con nosotros y nos regocijamos, tenemos esperanza, aunque sea a través de nuestras lágrimas.

Sinceramente suyo en el Señor,

John C. Wester

Arzobispo John C. Wester

(Traducción por Rocío González)